

memoria

El 68 en la memoria*

Mónica Mansour

1968

no tenemos mala memoria
sino una memoria cada uno
para volver atrás
y entender quién nos puso
esta rebeldía entre las manos
quién nos crió tan solos
con el amor también entre las manos
granada roja de tan madura
veinticinco años y una memoria en cada uno
una memoria cada uno

Hace años escribí ese poema (con una pequeña variante) y ahora me parece que tiene mucho que ver con el libro que hoy celebramos, convocado y preparado por Daniel Cazés. No se trata en este conjunto de textos de aclaraciones, justificaciones, explicaciones o debates. Se trata de dar voz a la memoria de cada uno de nosotros, integrantes y testigos de esos meses tan intensos, en que sucedió una cosa tras otra, cada una más insólita y desproporcionada que la anterior. La historia reciente de este país, a partir de la institucionalización del partido dominante, había sido y sigue siendo la de un poder hegemónico con represiones y censuras mucho más ocultas y selectivas que la brutalidad abierta y generalizada que vivimos en el 68. Por

* Leído en la presentación del libro *Memorial del 68: relato a muchas voces*, Sel., ed. y pról. de Daniel Cazés, México, La Jornada Ediciones, 1993.

eso fueron inimaginables la toma de escuelas y universidades por el ejército, la ostentación y el uso de tanques y equipos militares, la distribución abundante de drogas, la masacre de millares de personas.

Nuestro gobierno se distinguía por su sutileza y desinformación, nuestro ejército por sus labores sociales y programas DN3 para desastres naturales, entre otras cualidades notables. Nuestro país se distinguía por evitar con la mayor sofisticación todo lo que pudiera parecerse a una guerra civil. La imagen debía ser de orden, paz y felicidad, como se supone debe ser la de hoy.

¿Qué miedo se apoderaría repentinamente de nuestros poderosos para que perdieran la compostura en plena capital, urbana y cosmopolita? ¿Quién movió el piso? O más bien, ¿quién se lo quería mover a quién?

Y en medio de tantos terremotos ajenos, el hartazgo por los excesos de hipocresía y disimulo había crecido ante oídos sordos. La acumulación de mentiras llegó a provocar que la clase media despertara de su letargo, que los jóvenes en todo el mundo se dieran cuenta de que este planeta estaba llegando a su límite. La coincidencia de cientos de miles de personas formó un compañerismo en este país que no se volvió a ver realmente sino hasta septiembre de 1985. El año de 1968 fue una sorpresa: fiesta y celebración para unos, pesadilla para unos otros.

Pero la memoria nos salva. La memoria conforma y modela nuestra historia, quiero decir, la historia nacional y la de cada uno. Este libro contiene 70 memorias, suficientes para echar a andar otras muchas, muchísimas. En lo general todos coincidimos, en algunos detalles también, en otros hay circunstancias personales que permean cada memoria individual. Y todas esas memorias juntas, más todos nuestros muertos y muertos en vida, suman y resumen la historia.

Es cierto que todo recuerdo se cristaliza en mito, y no por ello deja de ser verdadero. Sin embargo, todavía hay muchos secretos. ¿Dónde están los testimonios de los soldados, granaderos, olímpicos, muros y halcones? ¿Por qué no explican ellos sus pequeños heroísmos que consistieron en salvar al país de la peligrosa invasión de tantos comunistas púberes y adolescentes? ¿O será que ya no se sienten tan heroicos? ¿Y los testimonios de aquellos religiosos tan llenos de piedad que cerraron sus puertas a aterrados, heridos y moribundos? ¿Habrán algo de vergüenza?

En 1978, diez años después, *Proceso* publicó una serie de testimonios de soldados, del secretario de la defensa, del jefe del batallón olímpica, y entonces todavía declaraban los crímenes con heroísmo y sin vergüenza. ¿Seguirán tal cual?

Resulta, al fin de cuentas, que somos los mismos quienes hablamos para decir lo que pensamos. Los testimonios reunidos en este libro siguen reflejando la misma rabia, la misma ilusión, el mismo desconcierto, la misma indignación, la misma franqueza. ¡Qué bueno que después de 25 años no hayamos perdido esa buena costumbre, a pesar de tantos pesares!

La buena memoria de quienes están incluidos en este libro y de los millares de personas que recordamos o hemos compartido nuestros recuerdos preserva todo lo que aprendimos en esos escasos y largos meses. Independientemente de lo que cada uno haga con su aprendizaje, no sólo los que éramos estudiantes, no sólo los participantes y testigos del movimiento, casi nadie duda ahora de cómo funcionan los medios de información, cómo se transforman los significados de ciertas palabras clave según las necesidades de quienes modelan el uso oficial de nuestra lengua, cómo funcionan la llamada “gobernabilidad” y la llamada “democracia”, cómo las políticas económicas y las políticas políticas, las culturales y las sociales, las internacionales y las comerciales, el deporte y la droga. Cuando se juntan multitudes, como en 1968 y 1985, y suceden infinitas cosas fuera de lo previsto y calculado, y luego esas mismas multitudes no se reconocen en las noticias y los reportajes de radio, televisión y periódicos, es inevitable el aprendizaje, es inevitable acostumbrarse a leer entre líneas. Lo que es más, si yo fuera gobierno, tendría mucho más cuidado con esos detalles.

El aprendizaje —con o sin un punto de referencia específico, para quien estuvo y quien no, quien recuerda y quien no— ha quedado a flor de piel en mucha gente. Citaré aquí una frase de Melitón Arzaga que está incluida en este libro y que formula claramente la permanencia de este aprendizaje: “Yo no estuve ahí. No pertenezco a esa generación. Nunca he participado en movimiento estudiantil alguno. Ningún pariente ni conocido mío murió ese día. Y pese a todo llevo clavada una rabia que a veces no me deja dormir.” (p. 45).

¿Qué queda hoy de los recuerdos propios y ajenos? Cada uno de nosotros fue un “pequeño héroe anónimo”, como dicen algunos, y lo que era maravilloso era precisamente el anonimato, saber que en algo

ayudábamos y nos ayudábamos, que nuestra identidad era lo que nos habíamos fijado como meta. Es posible que a alguno de los dirigentes estudiantiles también le atrajera la responsabilidad de tomar decisiones públicas y multitudinarias, la fascinación ante la posibilidad del poder. Si comparo uno de mis recuerdos con el testimonio del mismo suceso en boca de un dirigente, pueden resultar notables las diferencias entre su memoria y la mía. ¿Estoy equivocada en mi recuerdo? ¿Se ha equivocado él? No importa mucho. Los recuerdos de él son más grandilocuentes, más heroicos y tal vez más paranoicos. Los míos son pequeños y dolorosos: recuerdo claramente que “a río revuelto, ganancia de pescadores”.

Entre aquellos pescadores había jóvenes y viejos, los que hacían papel de “bueno” o de “malo”, como en los preludios a las torturas, los que navegaban con banderas de izquierda, derecha y diversos puntos intermedios, o con bandera de tontos. Pero los que no fuimos pescadores sino peces éramos la mayoría, éramos los cientos de miles que salimos a las calles porque a fuerzas nos enseñaron que ciertas opiniones y criterios quedaban definitivamente excluidos del marco oficial aceptado y que la libertad de expresión llega por el otro lado hasta el mismo límite que la capacidad de absorción por parte del sistema de gobierno que nos rige.

Pues sí, pero cada uno con sus recuerdos, todos entramos a la otra parte de nuestras vidas, después de esos meses, con un fuerte giro en nuestra visión del mundo, una nueva relación con ese mundo que nos rodea y nuevas armas internas para entenderlo.

Si intento derivar conclusiones personales de todo aquello, veinticinco años después, diría que el 68 me consolidó y reafirmó precisamente los valores que me llevaron a participar en aquella gran fiesta. Que mi gran desilusión tiene que ver con la ilusión de que transformaríamos el mundo a corto plazo. La impotencia tiene que ver con no poder ajustar el tiempo a mis voluntades. Porque la realidad, con sus propios tiempos lentos y un poquito de ayuda de nuestra parte, sigue su curso ineludible.

Pero mi desconfianza del poder y mi anarquía siguen intactos. Mis esfuerzos por un “pequeño heroísmo anónimo” en la vida cotidiana continúan persistentemente por el mismo camino. También siguen intactas mi capacidad de asombro, mi capacidad de indignación y mi capacidad de rabia. ¡Que estas capacidades se nos preserven a todos nosotros y a los que nos siguen por toda la eternidad!

Y termino con lo mismo:

no tenemos mala memoria
sino una memoria cada uno
para volver atrás
y entender quién nos puso
esta rebeldía entre las manos
quién nos crió tan solos
con el amor también entre las manos
granada roja de tan madura
veinticinco años y una memoria en cada uno
una memoria cada uno